

VIII.

Al desaparecer la señorita Moulinet levantóse Clara de pronto, y con ojos chispeantes, sin necesidad ya de contener la rabia, exclamó dirigiéndose á la Baronesa:

—¿Sabías tú que él iba á casarse? ¿Por qué no me lo has dicho?

La señora de Prefont no supo qué contestar.

—¡Vendida! ¡Abandonada! —añadió la señorita de Beaulieu retorciendo sus bellas manos en un arrebatado de loca desesperación.—¡Y por esa mujer! ¡Habéis permitido que lo sepa por su boca! ¡Ha podido libremente hacerme tal ofensa! ¡Habéis sido sus cómplices! ¡Ni uno solo de vosotros me ama! ¿Y él? ¡El!... ¡Por el dinero! ¡Miserable!

Acongojada ante el espectáculo de aquel dolor arrebatado y furioso, quiso la Baronesa tranquilizar á su amiga.

—¡Por favor, Clara! —dijo; —me das miedo.

Pero la señorita de Beaulieu no podía ya dominarse. La violencia de su carácter, reprimida tanto tiempo, estallaba sin que nadie pudiera contenerla. Cuantos esfuerzos

había hecho en la horrible conversación con Atanasia parecióronla cobardes debilidades, y preguntóse con estupor cómo le había sido posible no arrojar á la cara de la que impudicamente se había burlado de sus sufrimientos cuantos insultos le acudían ahora á los labios. Sintió no haberla pisoteado, y dejó escapar gritos de plebeya exasperada á quien roban su amante, llena de furor, despreciando todas las trabas de las conveniencias sociales, pisoteando, fuera de sí, sorda á los consejos de la razón. La sangre de sus nobles antepasados, señores de horea y cuchillo, hervía en las venas de la señorita de Beaulieu. Imaginó crueles é infamantes suplicios para su rival, pero el sentimiento de su impotencia la anonadó nuevamente. Comprendió que todas sus esperanzas estaban para siempre perdidas y que no tenía posibilidad de revancha. Aflojéronse sus nervios, y con el rostro inundado de lágrimas, con grandes sollozos dejóse caer en los brazos de la Baronesa, diciendo:

—¡Ah! ¡Qué desgraciada soy! ¡Qué desgraciada soy!

Desolada la señora de Prefont, la estrechó contra su pecho, apoyando suavemente la dolorida cabeza en su hombro, y diciéndole las dulces palabras que dirigen las madres á sus hijos para mitigar las penas y adormecer los sufrimientos; procuró de este modo tranquilizar un poco el ulcerado corazón de

Clara, quien continuaba llorando con desesperación. Las lágrimas arrastraron consigo el veneno con que Atanasia había infestado la herida y mitigaron los punzantes dolores. La señorita de Beaulieu recobró al fin la serenidad, y avergonzóse de haberse rebajado á tal exceso de furor. Quiso dominar su triste situación, y gracias á un esfuerzo supremo de su orgullo pudo conseguirlo.

Al llegar al salón su madre, aterrada por una cándida confidencia que acababa de hacerle Moulinet, la encontró, si no resignada, porque la resignación era imposible, al menos digna y valerosa.

Sofocada la Marquesa tanto por la emoción que acababa de sufrir como por haber subido rápidamente la escalinata, quedó absorta ante Clara, todavía trémula y livida, y buscó en vano una frase de consuelo en su turbada imaginación, echándose por fin en brazos de su hija y sollozando.

—¡Ah! ¡pobre hija mía!

—¿Sabe V., mamá?...—preguntó Clara, en cuyos ojos reaparecieron algunas lágrimas.

—Todo me lo acaba de decir el padre. ¡Y pensar que has sido tú quien ha querido, por no cometer una grosería, que se les recibiera!—exclamó la Marquesa elevando las manos con indignación.

—¡Buena recompensa he recibido! ¿No es verdad?—dijo Clara con amargura.—He

sido muy imprudente. Debí guardarme con cuidado de esa... persona, cuyos sentimientos tanto conozco. ¡Bien se ha vengado de las humillaciones que le hicimos sufrir en otro tiempo! ¡Ni olvida, ni perdona! Ha esperado el momento propicio, y atacando á la más feliz de sus antiguas compañeras, la ha herido en el corazón, destrozando su vida. El abandono de que soy víctima pesará siempre sobre mí, y si después de esta humillación fuera bastante loca para pensar en casarme, ¿quién había de quererme ya?

—¿Cómo que quién había de quererte?—dijo la Marquesa con rapidez.—¡Cuántos tengan ojos para verte y oídos para escucharte, mi querida hija! Si lo ocurrido perjudica á alguien, no es á tí, es al Duque, y si quieres casarte no tendrás, gracias al cielo, más obstáculo que la dificultad de elegir en nuestra clase ó en las demás. A una joven como la señorita de Beaulieu, nunca la faltan pretendientes. Apenas hace seis meses he tenido que negar tu mano á personas de las familias más respetables, y los que te pedían entonces han sentido demasiado el fracaso de sus aspiraciones para que puedan tan pronto cambiar de opinión.

Clara hizo un ademán de desaliento.

—Después del Duque de Bligny, madre mía, no puedo casarme sino con un hombre que sea en todo superior á él, ó con un hombre de quien se crea que puedo amarle.

Mi única justificación á los ojos del mundo estará en el rango del elegido, ó en que se suponga que el amor impulsa la elección; pero bien sabe V., mamá, que esto es imposible, y que una joven como yo, después de tal decepción, sólo se casa con el convento.

—¡Vamos! ¡vamos, hija mía!—dijo la Marquesa con dulzura;—tú disparatas. ¿El convento? ¿Pues y nosotros? No. Eres demasiado joven para tener derecho á desesperarte, y tienes sobradas cualidades morales y sobrada belleza para que el porvenir no te reserve segura revancha. Aquí mismo, si quieres saberlo, hay quien aceptaría de rodillas tu mano.

La señorita de Beaulieu levantó sus orgullosos ojos, y dirigiéndose á su madre, dijo sencillamente:

—¿El Sr. Derblay?

—Sí; el Sr. Derblay, y lo cito para tranquilizarte. ¿Quién puede acercarse á tí sin amarte? ¿Quieres que volvamos á París? ¿Quieres ir á Suiza con los Prefont? Habla, que dispuesta estoy á hacer cuanto pueda satisfacerte y consolarte. ¿Qué deseas?

—¡Lo sé yo acaso!—exclamó Clara con desaliento. — Quisiera desaparecer en un instante; huir de los demás, y hasta de mí misma. ¡Todo me inspira odio y desprecio! ¡Ah! ¡Por qué no me muero!

—La muerte, querida hija mía, es el

único mal sin remedio; si todas las mujeres abandonadas por sus novios ó por sus maridos murieran, el mundo se despoblaría. Casi ningún hombre es fiel. Cuando no nos engañan antes, nos engañan después.

Como si al hablar de la infidelidad de los hombres hubiese invocado la Marquesa al infiel que hacía en aquel momento derramar tantas lágrimas, oyóse de pronto ruido de furioso galope, y entró en el patio por la verja que había quedado abierta el Duque de Bligny, sobre un caballo blanco de espuma.

Saltó inmediatamente á tierra, y arrojando las bridas á un criado estupefacto, subió cuatro á cuatro los peldaños de la escalinata. Sin pedir permiso á nadie iba á entrar en el edificio, cuando el Barón y Bachelin, sin ponerse de acuerdo, acudieron á detenerle en el vestíbulo. Pálido y contraídas las facciones, opuso el Duque alguna resistencia á que le impidieran el paso.

—¿Están aquí todavía el señor y la señorita Moulinet?—preguntó con alterada voz.

Y añadió al oír la respuesta afirmativa del Barón:

—¿Mi tia? Necesito ver inmediatamente á la Marquesa. ¡Quizá aun no sea tarde!

—Desengañese V., querido,—contestó gravemente el Barón comprendiendo el motivo de la precipitación del Duque. Ya es tarde.—El señor y la señorita Moulinet lo han dicho todo.

Exhaló el Duque profundo suspiro, y dejándose caer sobre uno de los tallados bancos del vestíbulo, miró afligido á los dos hombres, y dijo:

—¿Qué puedo hacer ahora para reparar el mal causado?

—Ese mal es, por desgracia, irreparable, señor Duque,—contestó Bachelín en tono de respetuosa censura;—y lo mejor que puede V. hacer es marcharse sin procurar ver á la señora de Beaulieu.

—¡Eso sí que no lo haré!—exclamó vivamente el Duque levantándose.—Imposible es que consienta la acusación de indignidad que mi tía ha debido pronunciar contra mí. Necesito explicarle mi conducta; necesito asegurarle que no tengo parte alguna en la infamia que acaba de cometerse... Haré lo que ella quiera; pero deseo verla, hablarla, llorar con ella... Bien ven VV. cuánto me desespera lo ocurrido.

El Barón y Bachelín vieron el rostro del Duque tan descompuesto, que á pesar de su prevención contra el joven se conmovieron.

—Sea,—dijo Bachelín.—El señor Barón tendrá la bondad de acompañar á V., señor Duque, mientras yo pregunto á la señora de Beaulieu si le conviene acceder á sus ruegos.

Dejando juntos á los dos primos, atravesó Bachelín la terraza y tocó discretamente á la puerta del salón.

Como si nada supieran de la gran pertur-

bación que reinaba en aquella casa donde estaban de visita, Felipe, Moulinet, Susana, Atanasia y el Marqués continuaban hablando tranquilamente en la terraza. El sol descendía en el horizonte enrojeciendo con una faja de púrpura el cielo azul-verdoso. Deliciosa calma empezaba á reinar en el valle, cuyo fondo estaba ya envuelto en la sombra. La campana de la iglesia de Pont-Avesnes sonaba á lo lejos clara y melancólica, anunciando para el día siguiente la misa de difuntos. Tan profunda paz reinaba en aquella hermosa naturaleza, que Atanasia no pudo sustraerse á su influencia, sintiendo que disminuía su encono, y meditando, después de haber triunfado tan completamente de su rival, no molestarla en lo sucesivo.

Al entrar en el salón encontró Bachelín á las tres señoras presa de una emoción indecible. Cuando Clara vió al Duque llegar á escape al palacio, irguióse estupefacta y asustada. Intentó hablar; no pudo conseguirlo, y señalando con la mano al recién llegado, prorrumpió en una risa nerviosa, como si perdiera el juicio. Llenas de espanto, la Marquesa y la Baronesa acudieron junto á la joven, que temblaba convulsa, y cuyos labios se habían puesto blancos. Creyéndola próxima á desmayarse, iban á llamar, cuando con imperioso ademán las detuvo Clara. Haciendo un grande esfuerzo, consiguió que pasaran entre sus dientes, apretados por la

crisis que sufría, las siguientes palabras:

—Que no venga nadie; dejadme; yo me repondré.

Se sentó. La Baronesa enjugó el helado sudor que brotaba en su frente, y la Marquesa, quitándose el abrigo, envolvió con él á su hija, que tiritaba. De esta suerte trascurrió un momento de horrible ansiedad. Con la cabeza inclinada sobre el pecho y apovada la espalda en almohadones, continuaba Clara inmóvil y como aletargada. Sus brillantes ojos, obstinadamente fijos en un florón de la alfombra que miraban sin verlo, eran única prueba de que no dormía. Reflexionaba profundamente, y un pliegue formado entre las cejas indicaba el esfuerzo de una tenaz idea. Al cabo de algunos minutos volvió la sangre á sus mejillas; desahogó su pecho un suspiró, y con brusco movimiento apartó el abrigo con que su madre la había cubierto.

Al ruido de la puerta-vidriera, abierta para dejar paso á Bachelío, volvió la cabeza. No queriendo que conocieran su sufrimiento, dirigió una sonrisa al notario. Consternado éste, andando de puntillas como en habitación de enfermo, acercóse á la señora de Beaulieu, é inclinándose más que de costumbre, como si le avergonzara lo que iba á pedir, dijo:

—Pedóneme, señora Marquesa, pero lo que sucede es tan extraordinario...

—Lo sé,—interrumpió bruscamente la Marquesa.—El Duque está ahí. Y bien, ¿qué?

—Que, á pesar de cuanto le hemos dicho,—contestó el notario algo desconcertado,—insiste en ver á usted.

—¡Qué atrevimiento!—exclamó la Marquesa, levantándose con una vivacidad que no le era habitual, y dirigiéndose á la puerta del salón.

—¿Dónde vas, mamá?—preguntó Clara.

—A mandar que echen á ese hombre como merece,—contestó la señora de Beaulieu roja de indignación.

Permaneció Clara un momento silenciosa, consultándose, como si titubeara en tomar una resolución grave, y después, moviendo la cabeza, dijo:

—No, mamá; no conviene arrojar de casa al Duque de Bligny, sino recibirle.

—¿Recibirle?—preguntó la Marquesa estupefacta y dudando si efectivamente su hija se había vuelto loca.

—Sí; y recibirle con agrado. Por nada en el mundo le permitiré creer que me hace sufrir su abandono. ¡Llorar por él una mujer como yo! ¡Por él! ¡Se enorgullecería demasiado! Todo lo sufriré menos su insultante compasión. No, no, mamá; recíbele. Bien se le puede abrir la puerta, puesto que se la hemos abierto á su futura esposa.

—Pero ¿qué vas á hacer?—preguntó muy alarmada la señora de Beaulieu.

—¡Vengarme!—contestó Clara con terrible expresión de ira.

Y dirigiéndose á Bachelín, añadió:

—Tenga V. la bondad de rogar al Duque que pase á la terraza y que espere un momento. Cuando llame á V. por el balcón hágale entrar. Diga V. al Sr. Derblay que venga.

La Baronesa y la Marquesa se miraron admiradas, sin comprender los motivos de la conducta de Clara. Más perspicaz Bachelín, adivinó que sus combinaciones estaban á punto de realizarse, y desapareció con juvenil ligereza. Un momento después entraba Felipe en el salón.

—Mamá, y tú, querida Sofía, alejaos un poco, que pueda hablar sola con el señor Derblay.

La señora de Beaulieu y la Baronesa se retiraron al hueco de un balcón, esperando con gran curiosidad el resultado de la conferencia. Muy conmovido Felipe, comprendiendo que estaba en el momento decisivo de su suerte, y advertido además por una frase de Bachelín de que iba á estallar la crisis, permaneció inmóvil y con la cabeza inclinada delante de la que adoraba.

—Caballero,—dijo Clara hablándole por primera vez directamente,—nuestro antiguo amigo y excelente consejero Sr. Bachelín

ha dicho á mi madre que me haga V. el honor de aspirar á mi mano.

Felipe, sin responder, movió la cabeza en señal de asentimiento.

—Le juzgo á V. hombre de honor,—prosiguió Clara con firme acento,—y creo que al formar tales proyectos sabía, como todos los que me rodean, y quizá desde hace tiempo, que el Duque de Bligny no pensaba ya en ser mi esposo.

—Sí, señorita, lo sabía,—dijo apenado Felipe,—y crea V. que, aun en este momento, si de mí dependiera el asegurar su dicha devolviéndole el amor del Duque, no vacilaría en hacerlo aun á costa de mi vida.

—Muchas gracias; pero los compromisos entre el Duque y yo han concluido para siempre, y la mejor prueba es que si persiste usted en solicitar mi mano, estoy pronta á dársela.

Al pronunciar estas palabras era tan débil la voz de la señorita de Beaulieu, que Felipe las adivinó más bien que oírlas, y recordó en aquel momento el día en que, viéndole triste y desalentado, le había dicho su hermana riendo:

—Ya verás. Ella misma ha de pedirte el favor de que seas su esposo.

El vaticinio de Susana se realizaba, y la niña, advertida por su afecto, había tenido la previsión de la dicha de su hermano. No era aquello ilusión, sino certeza: Clara mis-

ma le alargaba la mano. Inmensa alegría inundó el corazón de Felipe, y tomando la encantadora mano que tantas veces había desconfiado tener en las suyas, depositó el joven en la punta de los helados dedos el más tímido y delicioso de los besos.

—Desco además pedir á V. un favor, caballero, —añadió Clara.—Quisiera hiciera usted lo posible para que se crea que este compromiso está contraído hace tiempo. No necesito explicarle los motivos de tal superchería. Nacen de mi orgullo. Desgraciadamente no puede V. formarse ilusiones acerca del estado de mi corazón, pero le prometo que seré esposa fiel y leal. Déjeme usted ahora, pero no se aleje mucho, porque acaso le necesite.

Y mientras se apartaba Felipe, hizo seña á Bachelin para que condujese al Duque.

El notario distrajo hábilmente á Bligny, cuya fogosidad temía, mientras duró la conferencia de la señorita de Beaulieu con Derblay, y le abrió la puerta que daba á la terraza, precisamente en el momento en que Felipe salía radiante del salón.

La sorpresa de Moulinet y Atanasia al ver llegar á Gastón fué extraordinaria, y no produjo tanto efecto á Napoleón la aparición de la vanguardia de Blücher, cuando esperaba á Grouchy, como á la hija del exmiembro del Tribunal de Comercio la de su futuro esposo. En aquel momento crítico, lo

más peligroso para sus combinaciones era la presencia del Duque de Bligny. Sobrecogió á Atanasia el angustioso temor de que podía sufrir, cuando más segura contaba la victoria, una desastrosa y humillante derrota. ¿Qué iba á resultar de la entrevista de Gastón y Clara? ¿Estaba el juego bastante embrollado para que fuera imposible una reconciliación? ¿Les bastaría verse para que renaciera el amor y se juraran de nuevo solemne é irresistiblemente ser uno de otro?

Moulinet no comprendió como su astuta hija las posibles consecuencias de aquel paso. Chocándole que el Duque no le hubiese esperado en la Varenne, ni siquiera sospechó el motivo que le traía á Beaulieu. Adelantóse, pues, hacia su futuro yerno con amable sonrisa, alargóle la mano, y quedó aterrado por la mirada que éste le echó al pasar junto á él sin saludar siquiera á Atanasia. Siguió, no obstante, al Duque cuando se dirigía al salón.

Instantáneamente la Marquesa y su sobrina prepararon la escena, y al entrar Bligny vió á la señora de Beaulieu arrellanada como de costumbre en su poltrona. De pie, junto á la chimenea, estaba la Baronesa con las manos cruzadas á la espalda; por si acaso á Gastón le ocurría alargar una de las suyas, como solía hacerlo. Sentada de espaldas á la luz para que la alteración de su semblante fuera menos visible, estaba

Clara entre su madre y la Baronesa. Lo primero que atrajo la vista del joven, fué la admirable cabellera de oro de la señorita de Beaulieu. Trémulo á pesar suyo, y dominado por violenta emoción, á punto estuvo de arrojarse á los pies de la que tanto amaba todavía, cualquiera que fuera el resultado de esta apasionada demostración. La mirada tranquila y severa de la Marquesa le contrajo, é inclinándose profundamente ante la que le había servido de madre, dijo con entrecortada voz:

—Señora Marquesa... Mi querida tía... Usted ve mi turbación... mi pesar... mi sentimiento. Al llegar á la Varenne, á casa de este caballero... (El Duque tuvo vergüenza de pronunciar el nombre de Moulinet), he sabido el incalificable paso...

—Señor Duque...—interrumpió el exmiembro del Tribunal de Comercio visiblemente ofendido.

Volvióse entonces el Duque hacia su futuro suegro y añadió con soberbia altanería:

—Procedimiento inconcebible, caballero, y me importa declarar en voz muy alta que ninguna complicidad tengo en él. He podido cometer muchas faltas, portarme con ligereza, con ingratitud; pero afirmo, bajo palabra de honor, no haber autorizado este ultraje á mi familia.

—¡Una simple visita de atención!—mur-

muró Moulinet dominado por la energía del Duque.—La verdad, no comprendo...

—¡Usted no lo comprende!—interrumpió el joven con humillante desdén,—y esa es su única excusa.

Pero estaba Moulinet lo bastante infatigado para no dejarse maltratar más, ni aun por un hombre que consideraba de superior esencia á la suya. Con aire de dignidad ofendida é inclinándose gravemente, dijo:

—Si he cometido algún error, yerno mío, ruego á V. que me lo diga, porque estoy dispuesto á repararlo.

Al oírse llamar yerno llegó á su colmo la irritación del joven, y sin consideración alguna quitó la palabra definitivamente á Moulinet con un «basta, caballero,» tan insultante como un latigazo. Atreviéndose en seguida á mirar por primera vez desde que entró á Clara, que continuaba imperturbablemente sentada, añadió:

—Tía mía, debo dar á V. explicaciones, y permítame que se las dé. Clara, no saldré de aquí sin que me hayas perdonado.

Al oír estas palabras que le eran personalmente dirigidas y que parecía estar esperando, la señorita de Beaulieu se levantó orgullosa, y mirando á su antiguo novio con admirable serenidad, dijo tranquilamente:

—¡Pero, Duque, ni me debes explicaciones, ni necesitas de mi perdón! Te casas, según me han dicho, con la hija de este

caballero. (Y en esta frase prodigó Clara tesoros de desdén.) Me parece que derecho tienes á hacerlo, puesto que tan libre eres como yo.

Al oír estas palabras, preguntóse el Duque si era juguete de un sueño. Miró á Clara, á la Baronesa y á su tía, y viólas sin emoción aparente, sin tristeza y sin cólera. Cuando esperaba tener que enjugar lágrimas, encontróse con sonrisas. ¿Era posible que durante aquel año, tan fatalmente empleado por él, le olvidara la señorita de Beaulieu hasta el punto que sus frases indicaban?

—Tu novia me ha anunciado la feliz noticia,—prosiguió Clara;—ha hecho muy bien, y yo no debo hacer menos.

Dando algunos pasos hacia la terraza, llamó con la mano á Felipe. Devorada por la curiosidad, siguió Atanasia al dueño de la ferrería, y en un instante se reunieron en el salón cuantos estaban en el palacio.

—Debo, caballeros, presentaros uno á otro,—dijo la señorita de Beaulieu con terrible sangre fría.

Y designando el Duque á Felipe, añadió:

—Mi primo, el Duque de Bligny.

Volviéndose después hacia Gastón, y desafiando su mirada, prosiguió:

—Duque, el Sr. Derblay, mi futuro esposo.

Un rayo que cayera sobre el palacio no

hubiese producido tan grande emoción como estas palabras en los espectadores de la escena. Atanasia tuvo un vértigo, y su sonrosado semblante se puso de color de ceniza. El Barón y la Baronesa se miraron sorprendidos, y únicamente Bachelin y Susana no demostraron admiración; el notario porque había trabajado con astucia para conseguir este resultado, y Susana porque el cariño á su hermano no le permitió dudar de que la señorita de Beaulieu acabaría por hacer justicia al mérito irresistible de Felipe.

Demostró el Duque entonces que la práctica de la diplomacia no le había sido inútil. Se repuso en seguida, y con actitud irreprochable dirigió al Sr. Derblay una amable sonrisa.

—Le felicito á V., caballero,—dijole con voz apenas trémula,—por casarse con la persona á cuya mano pocos de nosotros éramos dignos de aspirar.

Comprendió Atanasia que en aquel momento precisaba afrontar con serenidad el terrible golpe que le dirigía con su actitud la señorita de Beaulieu, y acercándose á su vez y mirando á Clara con atención, dijo:

—Te deseo toda clase de felicidades.

Añadiendo á media voz y con pérfida sonrisa:

—¿Es un casamiento por amor?

Estremecióse la señorita de Beaulieu, comprendiendo instantáneamente su horri-

ble posición. El hombre á quien adoraba estaba allí junto á ella, é iba á partir con su rival. En aquel momento, la inesperada revelación de Clara disipó su cólera, y hablaba aparte con Atanasia, cogiéndola una mano y riendo con la naturalidad de un hombre dichoso; y ella en un impulso de indomable orgullo había decidido de su vida, enajenado su libertad, comprometiéndose con un hombre á quien no podía amar, por embargar su corazón el querido y doloroso recuerdo de otro. Miró al Duque con mortal angustia, y á punto estuvo de atravesar el salón, apartarle de las intencionadamente exageradas coqueterías de Atanasia, y decirle toda la verdad. Pero al verle tan tranquilo, indiferente y ligero, renació en su alma el orgullo y la cólera, que la salvaron de esta debilidad. A toda costa quiso que se creyera no había sido abandonada, y sacrificó resueltamente su porvenir á esta victoria de amor propio. Dirigiendo á Bligny y á la señorita Moulinet una mirada de triunfo, murmuró:

—Me casaré antes que ellos.

IX.

Con increíble rapidez se hicieron los preparativos del matrimonio, pareciendo que todo el mundo en Beaulieu y Pont-Avesnes era cómplice de Clara. Partió Felipe apresuradamente para el Berry en busca de los documentos que le eran indispensables, y al mismo tiempo se dirigió el Marqués á París. El correo y el telégrafo marchaban á cual más de prisa para excitar á los encargados de construir los objetos necesarios, y violenta agitación reemplazó á la calma en que la Marquesa vivía durante un año. Aturdida la excelente señora por los acontecimientos, aceptó, sin hallar la autoridad necesaria para discutirla, la brusca determinación de su hija.

Fiándose de los favorables informes que Bachelin le había dado del señor Derblay, y reconociendo la desinteresada delicadeza con que se portaba el amo de la ferrería, vió con más admiración que inquietud la decidida boda. Sentía que Clara no hubiese esperado algún tiempo para elegir un marido de su clase, pero á la vez dudaba que en este siglo positivo un hombre con título y fortuna quisiera casarse con la señorita de